



Revista

Cuadernos de Relaciones Laborales

Margaret Maruani, *El trabajo puesto a prueba por el feminismo*¹

Entrevistada por: Jacqueline Laufer y Hyacinthe Ravet

Margaret Maruani es la fundadora de la revista *Travail, genre et sociétés*, que celebró sus veinte años en 2019. Durante dieciocho años, Margaret la ayudó a crecer y desarrollarse acompañándola a diario. Hace mucho tiempo que queríamos entrevistarla para que nos contara la maravillosa historia de nuestra revista, una aventura colectiva que dura y perdura con el placer compartido de los intercambios científicos y amicales.

Nacida en Túnez en 1952, Margaret Maruani es socióloga, directora de investigación emérita del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS, Centro Nacional para la Investigación Científica) y titular de la Medalla de Plata del CNRS. Llegó a Francia con su familia en 1967 y, como nos señala en este artículo, su vida como inmigrante de primera generación alimentó su compromiso y su visión del mundo. Inmediatamente después de sus estudios en Sciences Po y un doctorado en sociología con la tesis *Les syndicats à l'épreuve du féminisme* (Los sindicatos a prueba del feminismo) en 1979, desarrolló trabajos en distintas áreas y esclareció los desafíos vinculados a la evolución del trabajo y al empleo de las mujeres. Sus investigaciones ayudaron a romper con una sociología del trabajo dominada por el «masculino neutro» y por lo tanto indiferente frente al género.

Maruani, que estudió de cerca las relaciones entre el mercado laboral y el género, que estableció claramente la diferencia entre el trabajo y el empleo mediante el análisis de la actividad de las mujeres, y que mostró la centralidad de la lógica de género en el estudio del desarrollo del mundo laboral, contribuyó así de forma pionera y decisiva a la estructuración de este campo de investigación en Francia. De igual forma, determinar hasta qué punto se producen errores a la hora de calcular el desempleo cuando no se toma en cuenta el lugar que ocupan las mujeres, mostrar el funcionamiento del trabajo a tiempo parcial y la importancia que tiene en el empleo femenino... son todas contribuciones esenciales para entender la organización del mundo laboral y sus transformaciones en Francia y en el mundo.

¹ Margaret Maruani: “Le travail à l'épreuve du féminisme”, entrevista realizada por Jacqueline Laufer y Hyacinthe Ravet, en *Travail, genre et sociétés*, volumen 46, número 2, julio de 2021, páginas 5-25. Traducido y editado por *Cadenza Academic Translations*. Traductor: Álvaro San José, Editores: Victoria Maraví y María Florencia Fernández, Editor sénior: Mark Mellor. El Consejo de Redacción de la revista *Cuadernos de Relaciones Laborales* agradece enormemente la facilidad y el apoyo con los que la revista *Travail, genre et sociétés* ha permitido la traducción y reproducción de esta entrevista, como nuestro homenaje a Margaret Maruani.



La originalidad y la fuerza de la trayectoria de Margaret nacen de su voluntad de articular la investigación con el compromiso feminista, otorgándole al trabajo un lugar fundamental en el movimiento de emancipación de las mujeres y de la igualdad entre los sexos. Los títulos de sus principales obras, que se citan en la bibliografía, son testimonio de este deseo. Asimismo, el título de este texto nos muestra un elemento clave de esta aventura colectiva y singular: analizar el trabajo en relación con el feminismo. En este texto, que abarca cuatro décadas de investigación con múltiples desafíos, vemos lo mucho que hemos logrado y cuánto nos queda por recorrer.

Margaret, que actualmente es asesora editorial de la revista *Travail, genre et sociétés*, sigue siendo una colega muy presente, amistosa y con una mirada aguda y pertinente. ¡Todavía es «la reina de los títulos» en la revista! Para nosotras, era esencial analizar su trayectoria, no solo por ser excepcional, sino también porque explica cómo se ha construido un campo de investigación en la sociología del trabajo y sobre el género y, en un sentido más general, cómo, a partir de éste, se han forjado los estudios de género en Francia. Este texto también muestra la importancia de difundir sus obras más allá del ámbito académico y el interés por entrar en contacto con distintos universos de nuestra sociedad, porque este fue siempre el lema de Margaret: un alto nivel de exigencia unido al deseo de escribir para que te lean.

Jacqueline Laufer y Hyacinthe Ravet

El tiempo de los jazmines

Hyacinthe Ravet: Cuando preparábamos esta entrevista, nos dijiste que eres «feminista por convicción». ¿Podrías contarnos un poco más sobre tu trayectoria personal?

Margaret Maruani: Soy feminista de nacimiento porque nací en un país, en una sociedad y en un entorno donde era evidente que nacer niño era mejor que nacer niña. No tardé mucho en ser consciente de ello. Nací en 1954 en Túnez, el país de los jazmines, en una tierra que recuerdo con nostalgia y en la que pasé una infancia feliz. Allí viví hasta los trece años y conservo la nacionalidad, aunque me nacionalicé francesa poco después de llegar a París. Túnez también era un país donde la dominación masculina reinaba. Era exasperante y pública; jamás la pude soportar. Para mí, ser feminista era una especie de acto de autodefensa, una técnica de supervivencia, ya que aceptar el estatus que se confería a las niñas y a las mujeres significaba dejarse aplastar por completo. Entendí esto muy rápido y me rebelé contra esa sociedad en la cual, desde una edad temprana, había roles para las niñas y para los niños; y había derechos para los niños y no-derechos para las niñas, que después eran derechos para los hombres y no-derechos para las mujeres. Lo vi inmediatamente y jamás pude aceptar este machismo dominador y seguro de sí mismo.

Mi historia familiar es compleja. Vengo de una familia compuesta por una pareja poco probable: mi padre era judío y tunecino, y mi madre alemana y católica. Se conocieron después de la guerra. Mi madre era siete años mayor que mi padre, viuda de guerra y madre de una pequeña niña, mi hermana Christine. En esa época y en ese país, todo eso era totalmente inconcebible, pero lo hicieron. Y se lo impusieron a toda la familia, en Túnez y en Alemania.



Iban juntos a la sinagoga para Yom Kipur y a la iglesia para Navidad. Y nosotros, sus hijos, los seguíamos. En casa, comíamos cuscús los viernes y chucrut los domingos. Mi madre era una mujer fuerte y decidida, siempre vivió como quiso y siempre trabajó; era profesora de alemán. Era como un rompehielos: cuando tomaba una decisión, actuaba sin que nada pudiese impedirlo. Era mi ejemplo a seguir. También heredé parte de mi abuela paterna, a la que estaba muy unida. Mi abuela tuvo nueve hijos, se quedó viuda bastante joven y fue una auténtica «cabeza de familia». Además era una mujer culta, lo cual era extremadamente raro para una mujer de su generación en esa sociedad. Escribía poemas que me mostraba a escondidas, me contaba historias en árabe, estábamos muy unidas. Hay por lo menos dos cosas esenciales que recuerdo de ella: «En la vida, siempre tenemos que luchar. Lucha», y también «Pueden quitarte todo en la vida: tu familia, tu casa, tu dinero. Pero hay una cosa que no te pueden quitar, y eso es lo que tienes en la mente. Por eso tienes que estudiar, hija mía». ¡Mensajes que recibí alto y claro! Viví rodeada de tres mujeres fuertes, resplandecientes, en un entorno impregnado de dominación masculina. Mi padre también era así, por supuesto, pero tomó decisiones en su vida que lo distanciaron un poco del machismo reinante. Era abogado, y era el más pequeño de la familia que había tenido «éxito en la vida». Para él, los estudios también eran algo sagrado, fuera uno niña o niño. Hay una consigna clave que conservo de él: «la igualdad es el corazón del compartir». Era un hombre generoso y cálido... Y todo esto para decirles que, para mí, el feminismo viene de tiempo atrás, de mi infancia en Túnez y de todas estas mezclas.

La llegada a Francia en otoño de 1967 fue difícil. París es una ciudad muy dura para las personas extranjeras y, en esa época, yo era extranjera e inmigrante de primera generación. Dejamos Túnez luego de haber visto cómo ardían las sinagogas y las tiendas judías. Llegamos a París y, una vez ahí, me trataron de magrebí, africana... Conocí el racismo cara a cara; diversos matices de racismo. No tenía amigas en el liceo, nadie me hablaba, solo para preguntarme si había camellos en las calles de Túnez. Yo no sabía que significaba inmigrante, pero en ese momento lo entendí. Las profesoras y profesores querían que repitiera el año escolar porque, cuando vienes de Túnez, obviamente no tienes el mismo nivel. Todo esto fue muy violento. Tenía trece años y estaba cursando bachillerato, entonces estaba muy adelantada y quería seguir así, siendo una «buena alumna». Dije: «No, no voy a repetir». Y no lo hice. Al llegar a París, mi lucha tuvo lugar en el colegio y, luego en la oficina, en mi trabajo y en mi empleo. Mi feminismo también nace de todo esto.

Este es un resumen de mi juventud. Guardo una alergia absoluta a la dominación masculina, al racismo en todas sus formas y a las desigualdades de todo tipo. También guardo un deseo de libertad y de emancipación mediante la educación y el trabajo.

Jacqueline Laufer: En ese contexto, entendemos la importancia de tu amistad con Gisèle Halimi, a quien además le pediste que fuera la encargada de imponerte la Legión de honor.

MM: Sí, me sentía muy cercana a ella. Su desaparición en julio de 2020 me ha dejado un gran vacío. Tania Angeloff y yo escribimos sobre su carrera, lo cual se publicó en la edición número 14/2005 de *Travail, genre et sociétés*. Para mí, Gisèle Halimi es una suerte de ícono, una figura llena de inteligencia y pugnacidad, una dama que siempre admiré. Contribuyó a la



causa de las mujeres y al feminismo. Le debemos mucho. Lo que me parece muy impresionante de su trayectoria profesional, política y feminista es cómo logró construir causas justas, causas políticas a partir de los procesos judiciales de las personas que defendió y de los procesos que ganó. El juicio por torturas en Argelia junto a Djamila Boupacha, el juicio por la prohibición del aborto junto a Marie-Claire y Michèle Chevalier, el juicio por la violación en Aix-en-Provence. Todos estos juicios forman una parte importante de la historia de los derechos de las mujeres. También leí sus autobiografías, aquellas en las que hablaba de su infancia, y me sentí en cierto modo identificada. Habla sobre su infancia en Túnez, sobre cómo hizo una huelga de hambre para no servir a sus hermanos en la mesa [risas]. Yo no viví exactamente lo mismo, pero mi opinión sobre este tema es similar a la suya, porque las dos vivimos formas de dominación masculina muy abrumadoras. Luego, tuve la gran oportunidad de conocerla en persona a inicios de la década los ochenta. Sinceramente, fue uno de los encuentros más hermosos de mi vida. Por lo general, quedábamos para almorzar. Hablábamos sobre mujeres, feminismo, igualdad, y siempre estábamos de acuerdo en los temas delicados, aquellos que dividen a las feministas. También hablábamos sobre Khéreddine y La Goulette, esos barrios de Túnez donde las dos vivimos una infancia bajo el sol mediterráneo, pero llena de machismo e injusticias de todo tipo.

HR: ¿Y con tus hermanos y hermanas?

MM: Tengo un hermano menor y tengo una hermana mayor ya fallecida. Tenía una relación muy cercana con mi hermana. Mi hermano, que tiene cinco años menos que yo, era el príncipe y yo era... ¡una niña, pues! Ni él ni yo tenemos la culpa, en cierta forma era el orden natural de las cosas...

HR: ¿Cómo se manifestaba esto cuando eran niños?

MM: Por lo que veía a mi alrededor, era increíble ver cómo las niñas y los niños no tenían los mismos derechos y también el espacio público que ocupaban los hombres... Luego, en casa, por ejemplo, siempre era yo quien ponía la mesa y lavaba los platos; mi hermano tenía deberes. Él podía salir con sus amigos en la noche, pero yo no, y así eran las cosas. Por otro lado, mis padres eran más abiertos, así que tenía más libertad que otras niñas de mi edad en Túnez en 1960. ¡Pero la segregación espacial era inimaginable! Decir que las calles de la ciudad eran el territorio de los hombres se queda corto.

HR: Se apreciaba claramente una diferencia en el día a día...

MM: Sí. No tienes los mismos derechos, incluso en una familia que no era para nada conservadora. Aun así, mi mamá lloró cuando nací, porque habría preferido tener un niño. ¿Cómo me enteré? Porque me lo repetían en todas las cenas familiares [risas]. Me lo dijeron durante toda mi niñez, mi adolescencia, mi vida. Ahora la historia me hace reír porque... bueno, sobreviví.



La «cuestión de las mujeres», un tema poco apropiado

HR: Ahora, ¿nos podrías contar cómo te interesaste por las mujeres y el trabajo en nuestra sociedad?

MM: Para mí, la cuestión de las mujeres y el trabajo es, desde hace mucho tiempo, fundamental. Como les comentaba, soy feminista desde siempre y, en mi feminismo, la cuestión del trabajo es fundamental. Me enfoqué en esto desde los inicios de mi vida como investigadora. Pero, ya antes, en mi vida personal, tenía la convicción de que el trabajo ocupaba un lugar primordial en la emancipación y la libertad de las mujeres y en la igualdad de género. Sin embargo, nunca dejé que el trabajo me absorbiera, siempre tuve una vida privada, familiar y amical. Trabajar todo el tiempo no es vivir; por lo menos no es mi vida. Pero es mi vida privada y eso es todo lo que voy a decir sobre ello.

Luego de aprobar el bachillerato en 1970, empecé mi licenciatura en alemán con una tesis sobre las mujeres bajo el Tercer Reich. En el camino, me di cuenta de que ser profesora de alemán no era lo mío. En 1973, entré a Sciences Po mientras continuaba mi tesis de alemán. Y en Sciences Po fue donde conocí la sociología. Creo que elegí la sociología porque me permitía plantear las preguntas que me interesaban sobre las relaciones entre los hombres y las mujeres, la igualdad de género y la libertad de las mujeres. Encuentro tras encuentro, pronto mi trabajo se convirtió en una suerte de evidencia: la libertad de las mujeres, la emancipación y la igualdad de género están relacionadas con el trabajo, con la igualdad en el trabajo. Para mí, estas dos cuestiones eran obvias, porque creo que forman parte de mi historia y jamás las he abandonado. No era fácil porque, cuando comencé en el mundo de la investigación, la mujer y el género eran temas completamente marginales y marginalizados.

Pero tuve la gran oportunidad de hacer mi tesis con Jean-Daniel Reynaud sobre los sindicatos y cómo los pone a prueba el feminismo. Recibí una beca de investigación durante dos años (1976 y 1978) para escribir mi tesis. Como doctoranda, me uní al laboratorio de sociología del trabajo del Conservatoire National des Arts et Métiers (CNAM o Conservatorio Nacional de Artes y Oficios), que dirigía Jean-Daniel Reynaud. Permanecí ahí hasta el inicio de los años noventa. Luego de sustentar mi tesis, enseñé en el CNAM como asistente, pero me demoré cinco años antes de ingresar al CNRS: me rechazaron varias veces cruelmente, porque el «tema de la mujer» era, en cierta forma, una categoría menor. Fue un período difícil: sustenté mi tesis en 1978 y entré al CNRS en 1983. Ese período fue complicado porque debía defender constantemente la idea de que las mujeres no eran una minoría y no estaban al margen del mundo del trabajo. En cada momento difícil, Jean-Daniel Reynaud me decía: «No escuches, Margaret, ¡sigue!». Siempre me apoyó. Así como otras personas del mundo de la investigación: el apoyo de Madeleine Guilbert y Michelle Perrot significó mucho para mí, y también el de Michel Verret. Michel me enviaba postales con comentarios sobre mis libros y artículos. He guardado esas postales, tengo muchísimas en una caja.



Terminaron contratándome en el CNRS, lo cual fue otra oportunidad inestimable. Pero era una época difícil, porque se trataba de dar legitimidad a un objeto muy menospreciado, considerado como algo de segunda clase en el ámbito académico. Por otro lado, la sociología del trabajo se confundía con la sociología de la clase obrera; es decir, la del obrero en masculino neutro. En esa época, hablar sobre las mujeres y las obreras estaba visto como algo secundario, accesorio, incluso irrisorio. El trabajo de las mujeres no era un tema de investigación, pero así comenzamos. Hemos avanzado mucho.

Hoy por hoy, podríamos decir que no existe el reconocimiento suficiente (y es cierto), pero no es para nada similar a la situación que había en los años 1970 y 1980. En esa época, estaba atrapada entre la sociología del trabajo, que no quería saber nada de mujeres ni de la diferencia de sexos, y una investigación sobre las «relaciones sociales de género» y la «articulación de la producción-reproducción», que en el fondo no era muy amplia y que se centraba en la idea de que las desigualdades entre hombres y mujeres en el mundo del trabajo eran una consecuencia directa del lugar que ocupa la mujer en la familia, de las relaciones sociales de género en la esfera doméstica...

JL: Ni siquiera se hablaba sobre las desigualdades en la esfera profesional.

MM: Así es, ni siquiera hablábamos sobre las desigualdades. Trabajábamos sobre las relaciones sociales de género en la familia. Yo defendí y sigo defendiendo una perspectiva distinta: en pocas palabras, no es porque las mujeres laven más los platos que tienen salarios bajos. Las desigualdades también se construyen en el mundo del trabajo. Podemos ver las cosas de manera opuesta: para una mujer, ¿qué significa trabajar a tiempo parcial y recibir un salario miserable? ¿Qué genera eso en las relaciones de dominación, en la pareja y en la familia? Yo defendía estas posiciones y, asimismo, también la idea de que no podíamos hablar eternamente de la «posición primaria de las mujeres en el trabajo doméstico» cuando, en los ochenta, había un meteórico aumento del número de mujeres en el mundo profesional. Me parecía una locura que muchos estudios sobre las relaciones sociales de género estuviesen tan ciegos frente a este aumento. Por otro lado, la sociología del trabajo no se interesaba en este crecimiento de la actividad profesional de las mujeres porque solo se interesaba por los trabajadores. Entre estos dos enfoques, el espacio era reducido. Viví esto durante varios años; varias de nosotras lo vivimos. En ese preciso momento es cuando conocí a Jacqueline, y esto fue lo que nos motivó a crear el MAGE, a crear la revista.

Debo admitir que los primeros años fueron difíciles. Ahora no nos damos cuenta de hasta qué punto lo que hacíamos se consideraba algo folclórico, marginal o peor aún: activista. Para salir de ahí, una tenía que ser (¡de nuevo!) una buena alumna. Tenía que hacer una buena tesis, publicar en las grandes revistas, traducir los artículos al inglés, etc. Hice todo esto para tener la libertad de escribir sobre lo que siempre consideré un tema muy importante, incluso si estaba mal visto y resultaba inoportuno... O, para ser sincera, poco apropiado.



El ruidito de la duda

HR: ¿Qué evolución observas entre el momento en que comenzaste a trabajar sobre esos temas y ahora?

MM: Creo que las cosas han cambiado bastante. Aún sigue planeando la misma sospecha sobre estos campos de investigación: «¿todo esto es realmente científico?». El ruidito de la duda sigue ahí. No obstante, por ejemplo, me sorprende la cantidad de tesis que discuten estos temas, que los estudian «con normalidad», sin tener que defenderse por hacerlo. Me complace ver que las nuevas generaciones que trabajan en investigación que han abrazado los estudios de género tienen muchos nuevos miembros que continúan contribuyendo a la disciplina. Sí, las cosas han cambiado, de manera más lenta en Francia que en otras partes, y también de manera distinta según el campo. En el campo de la historia, todo fue más rápido que en sociología y aún más rápido que en economía. Todo siempre es más difícil en la economía, ¿no es verdad?

JL: Me parece que, tras un largo periodo de silencio, se ha afianzado el derecho de hablar sobre el género en la economía. El MAGE, desde su creación, y luego la revista han contribuido ampliamente a estos debates mediante varios coloquios y publicaciones, como por ejemplo Le travail du genre (2003). Para todas nosotras, esto significaba cuestionar los paradigmas «clásicos» que, tanto en economía como en sociología, restringían el estatus de la mujer a su rol familiar y, así, justificaban su «preferencia» por empleos que les permitieran hacerse cargo de las tareas domésticas. Estas cuestiones evocan tus trabajos, Margaret, que compartimos desde el inicio, aunque estuviésemos en universos muy distintos.

MM: Es cierto. Éramos muy cercanas con Jacqueline, y creo que, con la creación del MAGE y de la revista, quisimos mostrar que había un conocimiento real, que no se trataba simplemente de un grupo de investigadoras amargadas que se interesaban en temas de segunda categoría. Había un campo de estudio, saberes acumulados. Cuando empezamos a abrir esta brecha, a reunir investigaciones tan diversas, nos sorprendió ver el alcance del trabajo realizado. Primero, quisimos apuntar a la multidisciplinariedad y abrirnos al ámbito internacional. *Les Cahiers du Mage*, creado en 1995, luego la revista *Travail, genre et sociétés*, fundada en 1999 y la colección de obras del MAGE muestran este alcance y esta riqueza. Entonces, ya no podían mencionarnos como un pequeño pie de página sin importancia. Asimismo, la constancia y la acumulación de conocimientos son muy importantes porque todavía nos persigue el fantasma del año cero, este ruido que resuena: «Los estudios de género acaban de empezar». El escribir y publicar regularmente es una manera de inscribir estos temas y cuestiones en una historia intelectual.

JL: Hoy en día, ¿cómo formularías las cuestiones de tus primeros libros sobre el trabajo de las mujeres?

MM: La idea de colocar la actividad profesional de las mujeres en el centro de las relaciones sociales entre hombres y mujeres se me ocurrió cuando empecé a redactar mi tesis de alemán sobre las mujeres bajo el Tercer Reich. Entre las primeras medidas adoptadas por



Hitler cuando llegó al poder, hay una serie de prohibiciones para el empleo de las mujeres: interdicción para las mujeres casadas, despido de las mujeres funcionarias y denegación de ciertas profesiones. Al estudiar los archivos, vi cómo la posición de la mujer, que querían rebajar a la de *deutsche Frau und Mutter* (mujer y madre alemana), fue objeto de ataques de bazuca dirigidos contra el empleo de las mujeres. Entonces, la idea de que la opresión de las mujeres se logra mediante la prohibición del derecho al empleo es algo que conservé durante toda mi trayectoria de investigación. Debido a una serie de circunstancias, no continué con mi tesis de alemán y empecé una tesis de sociología con Jean-Daniel Reynaud. Pero, en el fondo, mantuve esta idea de posicionar al trabajo y al empleo en el centro de mis reflexiones. Por este motivo trabajé sobre los sindicatos y el feminismo en la tesis que sustenté en 1978, así como en mi primer libro, publicado en 1978, *Les syndicats à l'épreuve du féminisme*. Mi idea era estudiar las huelgas y las luchas de las mujeres. No sé cómo concebí esta idea, pero permaneció conmigo, y la mayor parte de mis investigaciones tratan de las huelgas. En ese libro, quise estudiar la cuestión del feminismo en el entorno obrero. Eso era lo que me interesaba: no las relaciones entre los movimientos feministas y los movimientos sindicales, sino la penetración de las ideas feministas (incluso si no se presentaban así) en el movimiento sindical, y más ampliamente en las obreras. La publicación de ese libro fue un momento muy emotivo para mí, pues coincidió con el nacimiento de mi hija Marion. Recuerdo que mi editora llegó al hospital con flores... y la maqueta de la portada.

Del trabajo al empleo

JL: ¿Había varios tipos de lucha en juego? ¿Luchas obreras y también luchas feministas?

MM: Encontré esa misma pregunta en un libro escrito por Anni Borzeix, *Le temps des chemises*. Esta obra, publicada en 1982, reconstruye la historia de una huelga de mujeres por el trabajo mediante relatos personales y biografías sociales. En específico, la fábrica textil de Pas-de-Calais (la Cip): 117 mujeres y un hombre en huelga de trabajo, contra el cierre de la fábrica. Una protesta larga, de tres años, que incluyó la ocupación de la fábrica y la reanudación de la fabricación (de camisas) bajo control obrero. Era la Cip, o la hermanita de Lip², decíamos en esa época. En realidad, quisimos hacer una investigación sobre la memoria: ¿qué queda de estos años de huelga? ¿De qué modo un evento de tal magnitud deja huellas en la vida profesional, política y personal de las obreras que participaron en él? El tema se centraba en las consecuencias de la huelga. La protesta empezó en 1975, después de una declaración de bancarrota y de un despido masivo del personal. Acabó victoriosamente en 1977, con la reapertura de la fábrica y la contratación de todas las huelguistas. Pero, para durar tanto tiempo, las huelguistas tuvieron que luchar contra sus propias familias. No pudimos entrevistar ni a un solo marido, no querían escuchar hablar sobre esta huelga. Incluso si algunos las habían apoyado, para varias de las huelguistas, el conflicto también había sido intrafamiliar.

² Lip es una fábrica francesa de relojes que experimentó grandes huelgas y fue temporalmente autogestionada por sus trabajadores en los setenta.



La segunda cosa que mantengo de esta investigación (la segunda pista que reapareció años más tarde) es la diferencia entre empleo y trabajo. Realmente me percaté de esta diferencia durante el proceso de investigación. Las obreras de la Cip estuvieron en huelga durante tres años para salvar su empleo después del cierre de la fábrica. Fueron tres años de lucha, que incluyó la ocupación diaria de la fábrica, una lucha ardua. No obstante, cuando ellas hablaban sobre su trabajo, no nos describían una linda imagen del trabajo obrero: no amaban su profesión, ni habían elegido trabajar en la confección. Sus salarios eran bajos y trabajaban en condiciones muy difíciles; nos hablaron sobre el ritmo laboral, el cronómetro, las supervisoras y la suciedad. En fin, no les gustaba su trabajo, pero estaban totalmente decididas a conservar su empleo: «Trabajar es mi libertad», nos explicaban. Y cuando hablaban de su trabajo, decían: «Es un infierno». Ahí fue cuando me percaté de la diferencia entre trabajo y empleo. El trabajo agrupa las condiciones bajo las que realizamos una actividad profesional; el empleo es el hecho de tener acceso al mundo laboral. Entendí que, si es posible que detestemos tanto el trabajo y, al mismo tiempo, nos aferremos a él, entonces el trabajo y el empleo no son lo mismo. Hablamos un poco sobre esta diferencia en el libro, aunque no es el tema principal. Pero rondaba mi cabeza. Asimismo, en esos años, junto con Danièle (mi amiga Danièle Linhart), realicé una investigación sobre la precariedad del empleo obrero. El empleo era el núcleo de nuestra investigación y la idea de la centralidad del empleo estaba ganando terreno. Años después, esta distinción reapareció en un libro que escribí con Emmanuèle Reynaud, *Sociologie de l'emploi* (1993).

HR: ¿Cómo caracterizarías tus trabajos posteriores?

MM: Luego, pasé de las huelgas y el sindicalismo a la evolución del empleo femenino. Tenía este doble objetivo de mostrar la importancia que tenía el avance del trabajo y del empleo femeninos. Estábamos en la década de los ochenta, con un estrepitoso aumento de la actividad profesional de las mujeres, aunque seguía siendo socialmente invisible. Por ello, escribí mi tercer libro, *Mais qui a peur du travail des femmes ?* (1985) Mi idea era la siguiente: el trabajo de las mujeres se ha impuesto de manera generalizada y duradera, pero seguimos pensando que es algo transitorio, de paso, al margen del mundo laboral. Recuerdo, por ejemplo, que cuando enseñaba sociología del trabajo en el CNAM, al llegar al capítulo «El trabajo de las mujeres», mis estudiantes preguntaban: «¿Y esto qué es? ¿Usted está segura? ¿Estas cifras son verídicas? No es posible». No lograban comprender, aceptar ni admitir que tantas mujeres trabajaran. Entonces, me dije: «Algo pasa aquí, algo que no está bien». La década de los ochenta fue una época en la que había encuestas que preguntaban a las mujeres «¿le parece conveniente trabajar?», «¿una mujer debería trabajar?», preguntas que jamás se habían planteado a los hombres. De hecho, a nuestra sociedad le tomó veinte o treinta años darse cuenta del impresionante avance de la actividad femenina y entender que la feminización de la mano de obra era uno de los cambios esenciales del mundo del trabajo del siglo XX. Ese fue el primer hilo.

Luego, pasé del estudio del trabajo al estudio del empleo de las mujeres, y del lugar que estas ocupaban en el mercado laboral. Amplié el estudio del trabajo al del desempleo y al subempleo, e intenté mostrar que había una división sexuada del trabajo, sí, pero que también había una división sexuada del mercado laboral. Una cosa es hablar de las capacidades, las



competencias y los salarios de los hombres y las mujeres, pero un tema mucho más amplio es el desempleo, el subempleo, la precariedad laboral, etc. Ahí fue cuando la diferencia entre el trabajo y el empleo empezó a cobrar un papel importante. Esto me permitió organizar las cosas, distinguirlas: en cuanto al empleo, había un fuerte crecimiento del empleo y las actividades femeninas, así como un gran aumento del desempleo y un gran avance del subempleo. En cuanto al trabajo, veíamos que las mujeres estaban estancadas en una suerte de pozo de la desigualdad. Quise estudiar el contraste entre estas dos evoluciones, sobre todo en *Au labour des dames* (1989). También intenté mostrar hasta qué punto aportábamos (al observar las diferencias entre hombres y mujeres que surgían cuando trabajábamos con las lógicas de género) nuevos conocimientos al análisis del mundo laboral en su totalidad y no únicamente al análisis del trabajo de las mujeres.

Los porcentajes son políticos

JL: ¿Podrías darnos ejemplos de la riqueza de este enfoque para analizar la situación de las mujeres en el empleo y el desempleo?

MM: Tomemos el ejemplo del desempleo. Hay varias cifras del desempleo: tenemos el desempleo como lo define la Oficina Internacional del Trabajo (OIT), que nos da porcentajes todos los meses. Luego está todo lo que gira en torno al desempleo, todas esas áreas grises entre la inactividad y la privación del empleo, que llamamos «el halo del desempleo». Para las mujeres, las áreas grises son más numerosas que para los hombres. ¿Qué diferencias hay entre una mujer desempleada y una inactiva? Claro que hay diferencias en la vida real, pero, estadísticamente, una desempleada puede convertirse en inactiva porque cambia la definición y la manera de contabilizar el desempleo. Porque, ¿cuál es el estatus de una mujer que pierde su empleo? ¿Desempleada o inactiva? No entendemos nada sobre estas cuestiones. Y no podemos comprender el aumento de este halo del desempleo si no incluimos a las mujeres y a las diferencias de género en el análisis del mercado del trabajo. Trabajé mucho sobre esto en el libro *Les mécomptes du chômage* (2002), en el que intenté analizar los porcentajes del desempleo y observar meticulosamente lo que es el halo del desempleo: ¿dónde se encuentran los hombres y las mujeres?; ¿el subempleo incluye a cuántas personas y de qué sexo? Si juntamos todas las categorías de desempleados, ¿cuál es el total? Plantearse este tipo de preguntas sin interesarse en las diferencias de género crea un velo que esconde la realidad social y nubla nuestro entendimiento. Es un hilo del que comencé a tirar en *Sociologie de l'emploi*, que escribí con Emmanuèle Reynaud, luego en *Travail et emploi des femmes* y seguidamente en la obra de 2012, que desarrollé con Monique Meron, *Un siècle de travail des femmes, 1901-2011*.

En el último libro nuestra idea fue en un principio calcular el número de hombres y mujeres que trabajaban en el siglo XX y, al mismo tiempo, decodificar la manera de contar, es decir, cifrar y descifrar, y examinar la técnica y los métodos de generar estadísticas. Se trataba de entender la lógica detrás de las cifras de cada época y de entender, mediante las estadísticas y las definiciones de la actividad, los números y los códigos sociales que delimitan las fronteras de lo que denominamos trabajo femenino. No reanalizamos el trabajo de las mujeres durante todo el siglo XX usando las definiciones actuales, sino que reconstruimos las cifras usando las



definiciones de cada época. Nos dimos cuenta de que, además de los problemas de lectura que presentaban las estadísticas de la actividad, también había interrogantes sobre la visibilidad del trabajo de las mujeres. ¿Cuáles son las fronteras entre el empleo visible y el trabajo informal? A lo largo de los años, ¿cómo se ha registrado, omitido, recalculado, borrado o reconocido a las mujeres? Para ellas, siempre está presente la sospecha de la inactividad: una campesina, ¿trabaja u observa el paisaje? Una obrera que ha sido despedida, ¿está desempleada o es «una mujer que vuelve al hogar»? Estas preguntas recurrentes que planteamos solamente a las mujeres nos muestran el contraste entre la evidencia del trabajo masculino y la contingencia del empleo femenino. El hecho de declarar o no una actividad remunerada o una profesión, de distinguir la función social de trabajar, de tener un empleo, una carrera, funciones más domésticas o estrictamente familiares, es afianzarse como miembro dentro de una sociedad económica. Estos actos son sintomáticos de las representaciones laborales de la época y, más ampliamente, del papel que representan las mujeres en la sociedad. Al ver cómo se construyen las estadísticas de la actividad profesional de las mujeres, podemos decir algo sobre la historia de su estatus. En este sentido, la demarcación de las fronteras del trabajo, del empleo y del desempleo de las mujeres es una cuestión sumamente política.

Un siècle de travail des femmes en France, 1901-2011 recoge ocho años de trabajo y de debates apasionantes con Monique. Un trabajo a la antigua usanza, una inmersión profunda en los grandes libros de los censos poblacionales desde 1901.

HR: La diferencia entre trabajo y empleo es un aporte fundamental de tus trabajos.

MM: Sí, esta diferencia me resultó muy útil. Me permitió, entre otras cosas, alejarme de un análisis un poco desalentador de la división sexual y social del trabajo. Porque, si nos interesamos por la sociología del empleo, vemos cómo avanza el empleo femenino en la población activa. Pero la sociedad ha cambiado: el estatus de las mujeres no es el mismo si ellas representan un tercio de la población activa (33%), como en 1962, que si representan casi la mitad (48%), como sucede hoy en día. No vivimos en el mismo país; las mujeres no viven en el mismo mundo en función de que estén en una u otra configuración. Y esta es una idea que no me ha abandonado durante cuarenta años de estudio. Más allá de las tasas de actividad, lo que cambia es el estatus social de la mujer. Y, claro está, ¡la diferencia entre el trabajo y el empleo también se aplica a los hombres! También creo que, debido a este interés por el empleo y el mercado laboral, charlé muchísimo con colegas, amigas y amigos economistas, como por ejemplo Rachel Silvera, claro, pero también con Annie Gauvin, François Michon, Danièle Meulders y Robert Plasman, sobre todo. Y algunos han sido intercambios duraderos: Rachel me reemplazó cuando dejé la dirección del MAGE en 2015, y junto contigo, Jacqueline, Danièle participó de manera activa en la dirección del MAGE durante años. También escribimos varios artículos juntas.

Esta reflexión sobre el mercado laboral también hizo que me uniese, como responsable de misión, al equipo de la Mission interministérielle de recherche o MIRE (Misión interministerial de investigación), por invitación de Emmanuèle Reynaud, que trabajaba ahí desde hacía tiempo. En conjunto, realizamos varios tipos de actividades sobre las relaciones sociales del empleo: convocatorias sobre «la flexibilidad y la división del empleo», sobre «las



formas de desempleo y los movimientos del empleo», coloquios internacionales sobre el empleo en Alemania, Italia y España. Estuve en la MIRE durante cuatro años, de 1987 a 1991 (a medio tiempo, pues quería continuar con mis investigaciones personales). Fueron cuatro hermosos años en los que aprendí mucho sobre la gestión colectiva, multidisciplinaria e internacional de la investigación. Lucien Brams dirigía la MIRE y aprendí bastantes cosas al trabajar con él. Vi a alguien que dirigía programas de financiación de la investigación como un mecenas confiado, abierto, y no como un «restructurador» de la investigación o un supervisor general de las personas dedicadas a la investigación. Logró que este proyecto fuese una especie de burbuja de libertad en el Ministerio de Trabajo. Con él, aprendí a negociar presupuestos con un ministerio supervisor, a evitar que los gabinetes ministeriales controlaran los temas de investigación... Todo esto con un humor mordaz, como una *Commedia dell'arte*. Lucien Brams también tenía una forma excéntrica y saludable de distanciarse de los pequeños poderes de nuestro medio. Creo que no habría podido crear el MAGE ni la revista sin haber tenido esta experiencia, que recuerdo con mucho cariño.

Las conferencias pasan, los libros permanecen

JL: Llegamos ahora a la creación del MAGE y de Travail, genre et sociétés. ¿Cómo describirías ese proceso?

MM: La idea de crear el MAGE nació en 1994, durante un amical almuerzo entre tres personas, en una cantina de la rue des Saints Pères. Chantal Rogerat y Helena Hirata me comentaron que querían crear una agrupación de investigación (GDR) en el CNRS. Me pareció una buena idea. Pero cuando me dijeron que sería yo quien se encargaría de todo, no me pareció tan buena idea. Pero ellas fueron tercas. Ese almuerzo fue una emboscada, pero ahí nació el MAGE, el grupo de investigación *Marché du travail et genre* (Mercado del trabajo y género); le debemos este nombre a Catherine Marry.

Empezamos unas cuantas: Chantal y Helena, claro, y tú también, Jacqueline, así como Marlaine Cacouault, Marie Duru-Bellat, Catherine Marry, Sylvie Schweitzer y Rachel Silvera. La idea era que el trabajo ocuparía un lugar central en lo que en esa época se llamaban las relaciones sociales de género. De hecho, había dos cosas: por un lado, la voluntad de situar las cuestiones de género en el centro de las reflexiones sobre el trabajo y, por otro lado, situar al trabajo en el centro de las reflexiones sobre el género. Estaba este doble deseo, común a todas las fundadoras del MAGE. También estaba la cuestión de inscribir institucionalmente los temas de género y trabajo dentro del CNRS, de la universidad y del mundo académico. Con esa idea se creó el MAGE, el premier grupo de trabajo del CNRS enfocado en la cuestión del género. Al crear el MAGE, inmediatamente quisimos un registro escrito de nuestros seminarios, coloquios, debates y discusiones. Anne Forssell, que estuvo con nosotras desde el inicio, se dedicaba al manejo de las actividades del MAGE y del secretariado de redacción de los Cahiers y, más tarde, de la revista *Travail, genre et sociétés*.

JL: Y entonces se crearon Les Cahiers du Mage (Los cuadernos del MAGE).



MM: Exactamente. El MAGE fue creado el 1 de enero de 1995, y el 30 de marzo de 1995 salió el primer número de *Les Cahiers du Mage*, con la idea de que los coloquios y seminarios pasan, pero los escritos permanecen. Así, publicamos *Les Cahiers du Mage* durante cuatro años de manera trimestral. Pero, luego de cierto tiempo, nos dijimos que una revista no era algo tan distinto, que había que intentar crear una revista, tener esta experiencia y apostar por ello. Así es como empezamos. Nos dijimos: «Listo, ya está, ¡vamos!».

Ahora bien, muy pronto nos dimos cuenta de que no era tan simple. Hubo que buscar un editor, formar un comité de redacción, encontrar artículos. Al editar el primer número, tuve miedo, tuve uno de los más grandes espantos de mi vida. Estábamos pidiendo a personas de cierto calibre que redactaran artículos para una revista que no existía... Le pedimos a Madeleine Guilbert su trayectoria profesional; a Pierre Bordieu una respuesta a la controversia en torno a su libro *La domination masculine*; un aporte de Michelle Perrot... Y, aun así, lo logramos. Me parece que todo el equipo tenía mucho miedo: dar existencia a algo que no existe es una aventura fenomenal. Felizmente, Chantal Rogerat participó muy activamente y era la única entre nosotras con experiencia en la edición de revistas, ya que había dirigido la revista *Antoinette*. Su presencia era reconfortante. Éramos muy cercanas, muy cómplices.

HR: ¿E inmediatamente recibieron apoyo para crear esa revista? Un editor, un comité de redacción...

MM: Sí, recibimos apoyo, pero no fue fácil encontrar un editor. Muchos editores no querían saber de nosotras: «No vamos a editar una revista que no existe». Recibimos algunos golpes; tengo algunos recuerdos poco agradables. Luego fuimos a L'Harmattan, y Denis Pryn dijo inmediatamente que estaba interesado. Fue Bruno Péquignot quien nos dio su contacto, y jamás le agradeceré lo suficiente su apoyo. Siempre estuvo ahí, en las distintas etapas de la vida del MAGE y de la revista.

JL: Era un equipo multidisciplinario, que incluía perspectivas económicas, históricas o más sociológicas, lo cual era un punto fuerte muy importante.

MM: El equipo era pluridisciplinario, y al inicio con tres áreas predominantes: la sociología, la historia y la economía. También nos abrimos a las distintas corrientes de pensamiento que cruzaban y aún cruzan los estudios de género. En el MAGE, como en la revista, reunimos a personas que usualmente no se hablaban las unas con las otras, que discutían a través de notas a pie de página. Esto nos hacía originales, al no ser la revista de una escuela o de una disciplina. Y, luego, nos benefició el apoyo de personas muy importantes como Christian Baudelot, Robert Castel, Geneviève Fraisse, Maurice Godelier, Madeleine Guilbert, Michelle Perrot, Madeleine Rebérioux, Michel Verret y muchas otras más. Y no olvido la cálida bienvenida de François de Singly cuando, en 2010, llegamos al laboratorio que él dirigía, y que hoy continúa bajo la dirección de Olivier Martin.

Escribir para que te lean



JL: Durante los seminarios del MAGE (y Les Cahiers du Mage lo muestran, y más adelante la revista), nuestro público era muy diverso, con sindicalistas, personal del Service des droits des femmes (Servicio de los derechos de la mujer) y de la ministra Roudy, estudiantes, investigadoras e investigadores y todo un público que tenía el deseo de reflexionar con nosotras.

MM: Sí, es cierto que siempre estuvimos en contacto con el movimiento social, sindicatos, feministas y representantes de la administración del trabajo y de los derechos de las mujeres. Al mismo tiempo, siempre quisimos tener un enfoque académico; éramos una revista de investigación y eso es importante. Jamás nos definimos como una «revista activista» ni una «revista feminista», sino como una «revista de investigación comprometida». Eso forma parte de mis convicciones personales, y en parte las proyecté en la revista, pero creo que todas y todos estábamos de acuerdo en esto, sobre todo las que fundamos la revista. Siempre me dije esto a mí misma: «Soy socióloga de profesión y feminista de convicción». Creo que siempre buscamos tanto la apertura del movimiento social como un reconocimiento académico. Creo que logramos hacerlo al hablar de temas candentes de actualidad. El primer número de la revista trataba sobre la pobreza, la proporción de mujeres en pobreza laboral, y eso no es un problema menor. Buscamos establecer un vínculo entre la pregunta de investigación y los problemas sociales. Queríamos, a la vez, una revista de investigación y una revista que estuviera escrita para ser leída, lo que concuerda con nuestra apertura hacia el movimiento social y al mundo social. Siempre fue uno de mis caballos de batalla: entrar en los «estándares académicos», pero sin la jerga asociada. Prohibíamos los acrónimos, queríamos que esta revista se leyera más allá de nuestro pequeño mundo. Creo que ha sido un elemento fundamental y duradero para nuestra revista.

Finalmente, hay que repetir que *Travail, genre et sociétés* se creó en la red MAGE, que ofrece una caja de resonancia que va más allá de nuestras fronteras geográficas y profesionales. Organizamos nuestros debates sobre los dossiers o las controversias que publicaba la revista en lo que denominamos «Los anfiteatros del MAGE», que creamos al llegar a la universidad París Descartes en 2000. En esos debates, no era raro encontrar sindicalistas, representantes de asociaciones feministas o de la administración pública, cargos electos y bastantes estudiantes que venían a debatir con nosotras. Entre las fieles de nuestros coloquios y anfiteatros, podría mencionar a Annick Coupé, Monique Dental, Maryse Dumas, Fatima Lalem, Anne Le Gal, Maya Surduts y muchas otras personas.

HR: Durante el coloquio por el vigésimo aniversario de la revista, editamos una obra que recogía todos los Parcours (trayectorias profesionales) publicados en Travail, genre et sociétés. Su titular menciona, por primera vez, el término «feminismo».

JL: También es el caso del libro de aniversario del coloquio de los veinte años del MAGE, con el título Je travaille donc je suis (Trabajo, luego existo). Perspectivas feministas.

MM: Sí, e invitamos a Angela Davis a ese coloquio para dar la conferencia de inauguración, lo cual hizo de manera magistral. Para mí y para varias de nosotras, ese fue un



momento muy emotivo. ¿Quién mejor que ella para hablar de los retos de clase, raza y género que existen en el mundo laboral?

Ahora, volviendo al tema del feminismo, es verdad, apareció en el título del libro, pero también en el mensaje que quise transmitir en mi introducción: con respecto a las cuestiones sociales y las lógicas de género, seguiremos siendo «feministas mientras sea necesario», por usar un lema de los años setenta.

HR: ¿Podrías darnos, a grandes rasgos, las características principales del funcionamiento de la revista desde sus inicios?

MM: Siempre hemos preferido debatir, o discutir a veces, en vez del conocimiento a secas. Avanzamos mediante el debate. Creo que todo el mundo puede decirlo: durante una misma reunión he cambiado de opinión varias veces. Trabajamos sobre la base de la deliberación desde el inicio. Es importante hacerlo así, sobre todo en un medio como este que progresa hacia una lógica de la evaluación que, en mi opinión, obstaculiza el trabajo intelectual. Nuestro trabajo se basa en el intercambio, no en la calificación, evaluación, clasificación, etc. Decidimos tener una revista abierta, con un enfoque intelectual muy claro en torno al género. Me parece que es importante porque la lógica del debate y la discusión, para mí, se distingue o incluso se opone a la de la evaluación y la clasificación. Un producto intelectual no es una herramienta de evaluación. Y estoy muy contenta de ver que este enfoque intelectual continúa bajo tu liderazgo, Hyacinthe.

JL: También debemos evocar todos los libros colectivos en los que, en muchos casos, tú tomaste la iniciativa.

MM: Aquellos que realizamos juntas, Jacqueline, que dirigimos juntas.

JL: Primero está Les nouvelles frontières de l'inégalité, en 1998, luego Le travail du genre en 2003, Femmes, genre et sociétés en 2005 y también Travail et genre dans le monde en 2013.

MM: Yo tenía (y creo que todas y todos lo teníamos) el deseo de mostrar la importancia de las investigaciones sobre el género. Debo decir que me gustó mucho dirigir todos esos libros. Con cada nuevo libro, sentía que las personas estaban contentas de participar en una aventura colectiva. Había algo alegre... Encontré apuntes que escribí en las servilletas de las cantinas a las que íbamos durante *Les nouvelles frontières de l'inégalité* (Las nuevas fronteras de la desigualdad). Debatimos hasta elegir este título, muy adecuado además, porque dice exactamente lo que queríamos demostrar: la desigualdad entre hombres y mujeres en el mundo del trabajo no se reduce a reproducir la división sexual del trabajo que existe en el seno familiar. Creo que fue uno de los elementos básicos del MAGE y que se encuentra en este libro, que fue traducido a varios idiomas y reeditado. Me parece que es un libro que ha llegado muy lejos.

Entre los libros del MAGE, también está el que hicimos con Jacqueline y Catherine Marry sobre *Masculin-féminin*, o incluso *Le travail du genre. Masculin-féminin* fue el resultado



de un curso que nos pidió la École Normale de Cachan, cuando la cuestión de «masculino y femenino» se planteó como tema de la agregación³ en ciencias económicas y sociales. También tuvimos *Le travail du genre*. Muchos de estos libros formaron parte de los coloquios y eso es lo que siempre quisimos: ¡un libro es duradero! Y luego vinieron los dos estados del conocimiento. *Femmes, genre et société* fue un pedido de mi editor, François Gèze; no me habría arriesgado a hacer un análisis como aquel si no me lo hubiesen pedido. Todas las fuerzas del MAGE se unieron para hacerlo. El segundo estado del conocimiento, *Travail et genre dans le monde*, es una historia interesante porque se relaciona con la historia del MAGE y con la especie de desgracia institucional a la que nos ha sometido el CNRS. En 2010, luego de haber aceptado el dossier científico del MAGE, la dirección del Institut des sciences humaines et sociales du CNRS (Instituto de ciencias humanas y sociales del CNRS) revocó su decisión y nos transformó en un Groupement de recherche international (GDRI o agrupación de investigación internacional). De hecho, querían eliminar el MAGE para crear otra estructura dentro del CNRS. Fue una toma de poder. «Los grupos de investigación no son duraderos», nos dijeron una mañana. «Sí, pero el MAGE es duradero», respondimos. Sugirieron la desintegración del MAGE. Entonces, claro, podríamos haber respondido como Jacques Brel cuando vio a León en la canción *Je vous ai apporté des bonbons*: «Si desea que ceda mi sitio». Pero no cedimos nada, preferimos ser fieles a nuestro lema: «Je travaille, donc je suis» (Trabajo, luego existo). Cinco años más tarde, en 2015, celebramos los veinte años del MAGE con un coloquio en la Sorbona y un libro, los dos titulados «Je travaille, donc je suis». Diez años más tarde, en 2020, el MAGE sigue presente, ¡y muy presente! El título *Je travaille donc je suis* es muy revelador. Muestra la centralidad del trabajo, lo cual siempre quisimos poner en primer plano, pero también habla de la estrategia que usamos cuando quisieron hacernos desaparecer; era una manera de responder a esa imposición burocrática. Institucionalmente, ellos se salieron con la suya ya que nos quedamos sin la «etiqueta» de grupo de investigación, aunque intelectualmente, nosotras ganamos, y el MAGE sigue siendo una red de investigación internacional.

Estudios de género, año cero: ¿y ahora qué?

HR: Todas estas obras son un referente para varias generaciones. Son obras de referencia que han permitido reflexionar a muchas personas y escoger este campo de investigación.

MM: Son un balance de la situación, y es cierto que siempre hemos querido que haya una mezcla generacional, que haya personas veteranas y también recién llegadas a la profesión, con nuevos enfoques y temáticas. Por ejemplo, Hyacinthe, todo lo que nos has aportado sobre la música y el arte, este tipo de cosas. Vemos cómo se desarrollan las problemáticas, las temáticas, y eso son hitos, precisamente. Creo que mis colegas estaban realmente felices de participar en este tipo de proyecto, felices de mostrar nuestra fuerza.

³ Oposición para acceder a la condición de profesor de la enseñanza pública francesa.



HR: Se trata de situar el ámbito y sus problemáticas de manera histórica, para luchar contra la idea de que estamos siempre en la etapa de «estudios de género, año cero».

MM: ¡Claro que sí! Por eso los libros son necesarios, hay que dejar huella. Porque seguimos escuchando que es el año cero... ¿Recuerdan el ejemplo emblemático del coloquio organizado en Lyon en 2014, que titularon tan tranquilamente «Primer congreso de estudios de género en Francia»? ¿El primero ha dicho? Tienes razón, Hyacinthe: es necesario sentar las bases para mostrar que no, que no comenzamos desde cero. Hay una acumulación de conocimientos, y esto es importante. Eso es investigar: sin una acumulación de saberes, no hay investigación. Nosotras mismas no fuimos las primeras; esto comenzó mucho antes que nosotras y en otras disciplinas. Los estudios sobre las mujeres y el género (llámenlo como quieran) cambiaron radicalmente tras la publicación, en 1992, de *L'histoire des femmes en Occident*, bajo la dirección de Georges Duby y Michelle Perrot. Hubo un antes y un después de ese libro.

HR: Si miro cada año de tu lista de publicaciones, Margaret, ¡es muy impresionante!

MM: Pero yo también, ya lo sabes Hyacinthe: trabajo, luego existo [risas].

HR: Me parece que hay una cierta lealtad en tu relación con ciertas personas, tanto en la escritura como en la colaboración en el MAGE y en Travail, genres et sociétés...

MM: Por eso logramos que avancen ciertas cosas, porque son colaboraciones intelectuales a largo plazo. No se trata únicamente de leer un artículo o un libro, de organizar un coloquio con este o aquella, de supervisar esta tesis o la de más allá: son relaciones amicales forjadas en un universo profesional, con afinidades intelectuales duraderas que a veces se convierten en amistades de por vida.

HR: Nos hablabas de tu gusto por la escritura. En ella, también podemos observar un gran número de temas, de diversidad, la variación de líneas y, al mismo tiempo, un hilo conductor que estuvo presente desde el inicio...

MM: Sí, he tenido algunas ideas fijas [risas], convicciones, hipótesis fuertes. Es cierto que adoro escribir, incluso si ahora necesito olvidar un poco todo el tumulto y el desorden de los últimos años para volver a escribir como quiero. Fue un verdadero placer organizar juntas el aniversario de los veinte años de la revista; fue una hermosa fiesta. Celebramos los veinte años del MAGE en 2015. Los dos eventos fueron un gran éxito. La revista está en nuevas y buenas manos, así que puedo irme tranquila y escribir. Lo cierto es que lo que más me gusta de esta profesión es la escritura.

Referencias bibliográficas

- Maruani, Margaret. 1979. *Les syndicats à l'épreuve du féminisme*. París: Éditions Syros.
- Maruani, Margaret y Anni Borzeix. 1982. *Le temps des chemises. La grève qu'elles gardent au cœur*. París: Éditions Syros.
- Maruani, Margaret. 1985. *Mais qui a peur du travail des femmes?* París: Éditions Syros.
- Maruani, Margaret y Emmanuèle Reynaud, eds. 1987. *France-Allemagne: débat sur l'emploi*. París: Éditions Syros.
- Maruani, Margaret, Emmanuèle Reynaud y Claudine Romani, eds. 1989. *La flexibilité en Italie*. París: Éditions Syros.
- Maruani, Margaret y Chantal Nicole. 1989. *Au labeur des dames, métiers masculins, emplois féminins*. París: Éditions Syros-Alternatives.
- Maruani, Margaret y Chantal Nicole. 1989. *La flexibilité à temps partiel, conditions d'emploi dans le commerce*. París: La Documentation française.
- Maruani, Margaret, Peter Auer y Emmanuèle Reynaud, eds. 1990. *Chroniques internationales du marché du travail et des politiques d'emploi: 1986–1989*. Col. Le point sur. París: La Documentation française.
- Maruani, Margaret, Christophe Guitton y Emmanuèle Reynaud, eds. 1991. *L'emploi en Espagne. Marchés du travail et relations professionnelles*. París: Éditions Syros-Alternatives.
- Maruani, Margaret y Emmanuèle Reynaud. 2009 (1993). *Sociologie de l'emploi*, 5th ed. Repères. París: La Découverte.
- Maruani, Margaret, Chantal Rogerat y Teresa Torns, eds. 2000. *Las nuevas fronteras de la desigualdad. Hombres y mujeres en el mercado de trabajo*. Barcelona: Icaria.
- Maruani, Margaret. 2002. *Trabajo y el empleo de las mujeres*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Maruani, Margaret. 2002. *Les mécomptes du chômage*. París: Bayard.
- Maruani, Margaret, Jacqueline Laufer y Catherine Marry, eds. 2003. *Le travail du genre. Les sciences sociales du travail à l'épreuve des différences de sexe*. Col. Recherches. París: La Découverte.
- Maruani, Margaret, ed. 2005. *Femmes, genre et sociétés. L'état des savoirs*. París: La Découverte.
- Maruani, Margaret, Helena Hirata y Maria Rose Lombardi, eds. 2008. *Travail et genre. Regards croisés France, Europe, Amérique latine*. Col. Recherches. París: La Découverte.
- Maruani, Margaret y Monique Meron. 2012. *Un siècle de travail des femmes en France 1901–2011*. Col. Sciences humaines. París: La Découverte.
- Jan-Ré, Mélody, ed. 2012. *Réceptions*. Vol. 1 de *Le genre à l'œuvre*. Col. Logiques sociales. París: L'Harmattan.
- Jan-Ré, Mélody, ed. 2012. *Créations*. Vol. 2 de *Le genre à l'œuvre*. Col. Logiques sociales. París: L'Harmattan.
- Jan-Ré, Mélody, ed. 2012. *Représentations*. Vol. 3 de *Le genre à l'œuvre*. Col. Logiques sociales. París: L'Harmattan.



- Maruani, Margaret, ed. 2013. *Travail et genre dans le monde. L'état des savoirs*. París: La Découverte.
- Maruani, Margaret, ed. 2018. *Je travaille, donc je suis. Perspectives féministes*. Recherches. París: La Découverte.